

MUJERES EN CARAVANA: MIGRACIONES FEMENINAS, SOLTERÍA Y MASCULINIDAD.

Yolanda Bodoque Puerta
Universitat Rovira i Virgili
yolanda.bodoque@urv.cat

1. Introducción

Las caravanas de mujeres son encuentros festivos preparados entre hombres de zonas rurales y mujeres de procedencias diversas, que se valen de este acontecimiento para buscar activamente pareja. Los encuentros reproducen formas populares de cortejo y se organizan (a través de servicios especializados) en el lugar de origen de los hombres que son quienes toman la iniciativa de realizar la fiesta, mientras que son ellas las que se desplazan hasta el lugar de la cita. Los hombres, entre los 40 y los 60 años, pagan unos 50 € y con la ayuda de promotores locales (corporaciones municipales y/o asociaciones o restaurantes locales) se hacen cargo de acondicionar el local y organizar las visitas turísticas o cualquier otro tipo de actividad que se quiera llevar a cabo con las invitadas: comidas, baile, regalos de bienvenida, etc. Las mujeres, entre los 35 y los 60 años, pagan alrededor de 20 € que incluyen el viaje en autobús desde la ciudad de origen hasta el pueblo y participar de las actividades preparadas. Por lo general las caravanas salen, en origen, desde Madrid (sede de las empresas organizadoras) y las integran mujeres de orígenes diversos: españolas y, en los últimos años, extranjeras llegadas a España en los últimos años. Estas fiestas se llevan a cabo en localidades de no más de 500 o 1000 habitantes, con un alto índice de masculinización y soltería, fundamentalmente de Castilla-León, Castilla-La Mancha y Extremadura pero también, aunque en menor medida del norte de Andalucía, Aragón y norte de la Comunidad Valenciana.

En 1985 en el pueblo de Plan (Valle de Gistau, Huesca) se realizó la primera caravana de mujeres en España. La idea partió de un grupo de 150 solteros con muy pocas posibilidades para casarse debido a la masiva emigración de las mujeres locales que, después de ver la película con el mismo nombre¹, decidió invitar a mujeres a vivir en su valle a través de un anuncio en un periódico que decía: “Se necesitan mujeres entre 20 y 40 años con fines matrimoniales para pueblo del Pirineo aragonés”. Acudieron a la cita alrededor de 75 mujeres

¹ Se trata de la película *Westward the women*, de William Wellman (1954), título traducido al español como *Caravana de mujeres*. De ahí el nombre que finalmente ha tomado el acontecimiento.

entre 18 y 40 años, de origen español. Diversas instituciones públicas intervinieron en la organización de la fiesta facilitando locales, costeando las comidas y cenas y financiando las actividades, alojamiento y desplazamientos de las invitadas. El “éxito” de la fiesta (7 parejas que casadas en los meses posteriores) se convirtió en motivo para repetir el acontecimiento de manera que cuatro años después se celebraba la quinta caravana y se hablaba del siguiente balance: 33 matrimonios (de los cuales sólo 12 continuaban en el pueblo) que habían empezado a tener hijos que ya iban a la escuela del pueblo.

Esta caravana inspiró la realización de otras muchas en el resto de España: más de 150 hasta la actualidad. Hay algunos elementos estructurales que continúan repitiéndose en los pueblos donde tienen lugar: la despoblación, la marginalidad territorial, la emigración de las mujeres, los altos índices de soltería masculina, etc.; otros elementos han cambiado radicalmente: que duran poco menos de un día, que tras ellas no siempre están los solteros (la iniciativa puede venir de la mano de un restaurante, una asociación de mujeres preocupadas por el futuro del pueblo o de un organizador profesional), y que a ellas se han incorporado mujeres inmigrantes extranjeras. Las caravanas de mujeres están teniendo lugar en territorios geográficamente diferenciados con desarrollos históricos, económicos y sociales e incluso una composición demográfica muy variados pero que comparten dos aspectos que los aglutinan: 1) el hecho de ser pequeños pueblos relativamente aislados –es decir, ni se trata de pueblos costeros ni están en el área de influencia de grandes metrópolis- y 2) que cuentan con altos índices de envejecimiento y soltería masculina. A pesar de la variabilidad de la población rural, los protagonistas masculinos (los hombres que hacen caravanas), poseen perfiles muy homogéneos (en edad, estado civil, formación, actividad laboral e incluso historia personal) sin ser nuestra pretensión, en ningún caso, asimilarlos a toda la población masculina rural cada vez más dinámica y reactiva.

En esta comunicación² centro mi interés en describir y analizar los aspectos estructurales que explican las caravanas de mujeres y caracterizar a las personas, con sus motivaciones de

²Se presentan los resultados de una investigación individual llevada a cabo entre 2007 y 2013 sobre “Las caravanas de mujeres en España”. Durante este periodo he realizado una exhaustiva revisión documental de textos académicos, periodísticos y audiovisuales que trataran de cualquier forma las caravanas de mujeres; he hecho trabajo de campo participando en las caravanas realizadas en Landete (Cuenca) el 17 de noviembre de 2007, San Vicente de Piedrahita (Castelló) el 25 de abril de 2009 y Montalbo (Cuenca) el 18 de agosto de 2012 y como observadora participante en Peñalsordo (Badajoz) el 13 de marzo de 2010; así como también realizando entrevistas en profundidad a organizadores de caravanas (5) y conversaciones con hombres y mujeres participantes (18), entorno (5) y promotores locales (3). Las observaciones realizadas están recogidas en los diarios de campo utilizados en cada una de las caravanas.

índole personal y emocional, que entran a formar parte de este acontecimiento. Pretendo mostrar también que las caravanas de mujeres no son una anécdota, sino que están insertas en una convergencia interesante (local-global; periferia-centro) entre unos determinados grupos sociales que deciden permanecer en esos espacios marginalizados por la globalización, que no al margen, y otros grupos sociales que se movilizan, empujados por fuerzas sociales, económicas y políticas.

2. Problematizar las caravanas: despoblación, masculinización, migraciones y desigualdades.

Desde hace décadas se está produciendo en las áreas rurales españolas un fenómeno importante de despoblación que ha tenido como consecuencia una fuerte masculinización que dificulta la reproducción de las comunidades. Las causas de este éxodo han sido, entre otras, la situación de crisis de las zonas rurales que se explica por la pérdida de competitividad económica de las rentas agrarias; el descrédito de la cultura y de las formas de vida rural y campesina frente a los modelos urbanos; las condiciones de aislamiento de algunas zonas rurales; las limitaciones del mercado de trabajo y la falta de oportunidades, entre otras (Etxezarreta y Viladomiu, 1997; Soronellas, 2006). En los últimos años las ayudas europeas a las producciones agrarias han fomentado la apertura de frentes de desarrollo económico local que ofrecen nuevas oportunidades económicas (turismo, industria agroalimentaria y artesana) y la mejora de las comunicaciones y de las condiciones de acceso de los habitantes de las zonas rurales a los servicios básicos (Soronellas et al., 2011), gracias a lo cual se inicia la transformación de las estructuras económicas de una buena parte de los espacios rurales que esbozan tímidamente un proceso inmigratorio por la combinación de factores que favorecen la fijación de población en el medio rural. A pesar de todo en amplias zonas, sobre todo en Castilla y León, Castilla-La Mancha, Aragón o Extremadura, atomizadas y aisladas por no haber sido beneficiadas con proyectos europeos de desarrollo rural (Del Rey, Cebrián y Ortega, 2009), el envejecimiento de la población continúa su ritmo constante y las tasas de natalidad no aumentan, por lo que el crecimiento sigue siendo negativo.

Fueron las mujeres quienes han protagonizado, en un porcentaje más elevado que los hombres, la salida de los pueblos, por la atracción que han ejercido sobre ellas las enormes posibilidades que ofrece la vida en las ciudades a nivel de promoción personal en contraste con las escasas oportunidades que hasta ahora les ofrecía el medio rural en relación con el acceso a la propiedad de la tierra o a los bienes familiares y destinadas al quehacer doméstico

poco o nada reconocido que, históricamente, las ha colocado en una situación de dependencia respecto al padre, al hermano o al esposo (Rodríguez López, 1999). Su emigración, al inicio, se produjo sin alarma ya que la situación estructural así lo demandaba. Desde muy jóvenes iban a trabajar (quizás la forma más común era la de *ir a servir*) a los grandes centros urbanos para ayudar a la familia. Más tarde fue la necesidad de dotar de estudios como capital básico de ascenso social lo que movió las familias a enviar a todos o algunos de sus hijos e hijas a formarse lo cual los ha tendido a alejar del territorio y en ninguno de los casos las mujeres sintieron la presión familiar para volver ni la necesidad de tener que casarse en sus lugares de origen. Un fenómeno que Camarero y Sampedro (2008) han denominado la *huida ilustrada*.

Hay un consenso generalizado (ver entre otros Comas d'Argemir y Pujadas, 1994; Rodríguez López, 1999; Bourdieu, 2004; Sampedro, 2008, Camarero y Sampedro, 2008) en reconocer que la falta de mujeres en los pueblos no fue fruto de una planificación deliberada del sistema pero sí de una dejación bastante activa que consistió en no contemplar el derecho de las mujeres a poseer una parte del patrimonio familiar. En el caso de permanecer activas en las explotaciones, pocas veces han constado como titulares de las mismas por lo hacerse cargo de ellas no les ha reportado una independencia económica ni la consecución de otros derechos laborales (Santiso 2002). En cualquier caso se ha generado desinterés creando condiciones que han tenido como consecuencia generalizada el desapego o desarraigo subjetivo de muchas de ellas respecto a su patrimonio que ha estimulado su marcha (Díaz, 2005; Rodríguez López, 1999).

En aquellas que continúan viviendo en los pueblos existe un rechazo generalizado a reproducir las relaciones tradicionales de género renunciando a asumir la tradicional división sexual de trabajo y de los espacios. No obstante, como vamos a ver, un orden arraigado sigue presente en la cotidianidad de las áreas rurales: trabajan fuera de casa pero compatibilizan esta tarea con las domésticas, ocupaciones que en medio rural se complican extraordinariamente (ver Santiso, 2002; Alfonso, Díaz-Puente y Gallego, 2011; Díaz, 2005; Sampedro, 2008, Del Rey, Cebrián y Ortega, 2009, García, 2004). A pesar de abanderar el reto de dinamizar y modernizar sus territorios a través de iniciativas sociales y económicas de desarrollo rural, éstas no están siendo acompañadas de una transformación social, en concreto de un cambio en las relaciones de género, de los roles que hombres y mujeres ocupan en la sociedad rural que todavía permanecen muy arraigados en determinadas franjas de edad.

Casarse con un campesino para las mujeres de los pueblos ofrece pocas ventajas y atractivos y no tiene el valor que tenía tradicionalmente, de manera que los que permanecieron en la explotación familiar en el pueblo en muchos casos y desde hace ya mucho tiempo se han ido quedando solteros (Santiso, 2002:191) y afectados por el drama que esto supone no solamente para la comunidad, también para sus familias y para ellos mismos, que no han elegido esta situación (Héritier, 1996). Son solteros, argumenta Rodríguez López (1999), porque eran demasiado jóvenes en el momento de la transformación (desagrarización y/o terciarización), o porque nacieron después de la transformación o por haber asumido algunas de las demandas asociadas al modo de vida tradicional que frenaron su incorporación normal al mercado matrimonial, pero todos tienen en común el haber perdido toda posibilidad de matrimonio.

El desequilibrio demográfico por sexos derivó en una considerable masculinización³, que ha tendido a reforzar la socialización en valores tradicionales que han supuesto una importante separación entre los lugares, tareas y espacios que ocupan hombres y mujeres que, junto con un todavía hoy fuerte control social, hace que haya una marcada posición de género (Santiso, 2002:183) muy tradicional por parte de estos hombres que se asocia al patriarcado y que se caracteriza por la virilidad, la caballerosidad, la superioridad, la fortaleza y una posición jerárquica, padeciendo lo que Bourdieu llama *ceguera cultural* (2004:121). Mientras tanto las mujeres, dentro y fuera de sus comunidades, preparadas para percibir e integrar en su

³Con esta tabla nos podemos hacer una idea de cuál es la Tasa de Masculinización Media (TMM) por Comunidades Autónomas a partir de datos de 2007 y extraídos del estudio de Atance et al. (2010).

Comunidades Autónomas	TMM
Andalucía	103
Aragón	120
Comunidad de Madrid	113
Comunidad Valenciana	114
Cantabria	116
Castilla-La Mancha	110
Castilla y León	112
Catalunya	105
Extremadura	103
Galicia	97
Islas Baleares	107
Islas Canarias	105
La Rioja	137
Murcia	103
Navarra	118
Principado de Asturias	112
País vasco	104
TOTAL MEDIA RURAL	113

comportamiento los modelos urbanos tanto en el vestir como en las técnicas del cuerpo o en las formas de comunicarse se han forjado otros ideales de hombre, también próximos a los patrones urbanos.

No obstante, en los últimos años se están produciendo una serie de cambios demográficos que afectan a las áreas rurales en positivo, en la medida que también han sido receptoras de buena parte de inmigrantes internacionales que han llegado al Estado español en las dos últimas décadas. Es posible que la responsabilidad de esta atracción de población extranjera (y nacional) recaiga en la transformación de las estructuras económicas que ha convertido a las zonas rurales actuales en contextos de oportunidad especialmente para mujeres extranjeras que encuentran, principalmente en el sector servicios (turismo y atención a las situaciones de dependencia), un mercado laboral que, aunque precario, les resulta atractivo (Soronellas et al., 2013). También las caravanas de mujeres y otras modalidades de conocimiento se generalizan para que los hombres, que viven en estas áreas rurales, establezcan contacto con otras mujeres más allá de su contexto local más inmediato y consigan que se queden en el pueblo. Esta tímida repoblación producto de la inmigración laboral o sentimental, supone también la emergencia del proceso de nueva feminización de unos espacios rurales masculinizados de manera que la llegada de mujeres extranjeras al medio rural puede compensar la masculinización endémica de estos pequeños municipios, no sólo porque su presencia tiende a equilibrar la población por sexos, sino también porque aumentan las posibilidades de que los hombres solteros dispongan de mercado matrimonial con que favorecer la reproducción social de sus comunidades (Bodoque, 2009).

Por todo esto, las áreas rurales que acogen caravanas de mujeres son contextos privilegiados para el análisis de las tres dimensiones desde donde se exhiben la diferenciación, la jerarquía y la desigualdad social, económica, territorial, etc., propia de la globalización: el territorio, las relaciones de género y el propio acontecimiento.

Con respecto al territorio, algunos autores (ver entre otros, Camarero et al., 2009; Sampedro, 2008; García, 2006; Sáez, Pinilla y Ayuda, 2001; Baylina, 2004 y Soronellas, 2012) han identificado toda una serie de elementos que históricamente han situado a algunos territorios rurales en un contexto de desventaja por la falta en ellos de capital de infraestructura urbana, a pesar de haber formado parte del proceso de transformación de comunidades agrarias en comunidades rurales terciarizadas: no han conseguido fijar población estable en su territorio, ni frenar los procesos de sobreenvjecimiento, masculinización, dependencia, desigualdad de

género o vulnerabilidad laboral ni, por supuesto, estabilizar cambios armónicos en el marco de las relaciones urbano-rurales. De las posibles explicaciones que los diferentes autores apuntan destacamos dos. En primer lugar por la internalización y naturalización de los ideales de consumo y de los estilos de vida urbano-industriales que llevan a una creciente dependencia de las ciudades, la superación de la cual sería, tal y como proponen Camarero et al. (2009), construir los espacios rurales como *territorios existenciales*, de convivencia y no solamente como espacios de reproducción y consumo, complementando los ámbitos rural y urbano y respetando las diferencias territoriales, funcionales y organizativas. En segundo lugar, la pervivencia de instituciones familiares y comunitarias tradicionales y poco atractivas y el carácter androcéntrico y patriarcal del funcionamiento de la sociedad rural restan atractivo para las mujeres ya que su modelo cultural de referencia ha cambiado (Comas d'Argemir, 1998).

Respecto a la dimensión de género (atravesada por concepciones de clase y de origen nacional y étnico, pero también económicas), las caravanas de mujeres ponen al descubierto situaciones diferenciadas de desigualdad social. Estamos de acuerdo con Connel (1997) cuando afirma que las masculinidades rurales, como la diversidad de masculinidades posibles, presenta versiones hegemónicas y subordinadas, que responden a órdenes cambiantes especialmente en procesos en que los sistemas socioeconómicos están en transformación. La descampesinización alteró algunos valores tradicionales de género, aunque la pervivencia de las esencias propias de una masculinidad considerada hegemónica derivó en que los hombres que habían asumido esas esencias como propias e inmutables fueran invisibilizados al constituirse en un sector más olvidado, o cuando no marginado y desatendido ya que, además, la desvalorización social de sus patrimonios les convirtió en un mal partido (Sampedro, 2008). La ausencia de mujeres locales es significativa de la situación de despoblación, masculinización y envejecimiento de algunas zonas rurales y pone en evidencia la renuncia activa de las mujeres a alimentar una determinada masculinidad hegemónica y reproducir unas determinadas relaciones de poder y jerárquicas que les han sido, históricamente, claramente desfavorables.

Por ello es interesante analizar la presencia en los pueblos de mujeres inmigrantes extranjeras interesadas en llenar el vacío dejado por las mujeres locales desde el punto de vista de ocupar una posición *a priori* desfavorable atendiendo a su condición de mujeres e inmigrantes, a la vez que la propia condición de migrante nos puede remitir a una idea positiva y altamente favorable de movilidad espacial y de apertura biográfica que posibilita modificar

determinadas estructuras simbólicas de poder (Morokvasic, 2007; Pedone, 2003; Sanz, 2007; Gregorio, 1998). También Offenhenden (2012) demuestra cómo a través de las migraciones, las mujeres se transforman en *breadwinners*, rol legitimado socialmente como típicamente masculino y que tradicionalmente ha justificado la ausencia del hombre emigrante, aunque su tesis principal es que, contrariamente a lo que argumentan los defensores de la agencia de las migrantes, la asunción de este rol no necesariamente coloca a las mujeres en una posición óptima (en el sentido de que la migración, activa y reflexionada, no deja de producirse en unas condiciones estructurales políticas y económicas muy desfavorables para ellas). En muchos casos los proyectos migratorios femeninos se transforman en una búsqueda constante de estabilidad emocional y/o movilidad social ascendente a través, entre otras formas, del matrimonio que por un lado las reafirma en sus elecciones y acciones (Roca *et al*, 2013) aunque también tiende a colocarlas en posiciones de sospecha (por los estereotipos que recaen sobre su condición de migrantes) y de dependencia y, por lo tanto, de desigualdad en cuanto a relaciones de género, de clase (en tanto que posición económica) y étnicas (de origen nacional).

Finalmente, Roca *et al*. (2013) han mostrado cómo el mercado matrimonial en las últimas décadas ha abierto un enorme abanico de posibilidades al habilitarse nuevos contextos de encuentro y formas de relación producto de las actuales condiciones que favorecen la movilidad virtual y física. Las posibilidades de encontrar pareja aumentan con las oportunidades que ofrecen las nuevas tecnologías de la comunicación y la información a través de los viajes y los sitios web especializados. No obstante en las áreas rurales necesitamos considerar tanto las precarias posibilidades técnicas de acceso a las TIC como las competencias para ejercerlo (Peñaranda, 2008), lo cual no significa que no puedan originarse o emerger otras formas y espacios para el encuentro sentimental. La realización de caravanas de mujeres nos parece que pueden asimilarse, aunque recreen viejas formas de cortejo sentimental, a estas nuevas formas más globalizadas de establecer relaciones entre hombres y mujeres puesto que se relacionan con la movilidad internacional de las personas y forman parte del engranaje de los nuevos mercados matrimoniales en este caso circunscritos a las áreas rurales. Éstas continúan disponiendo de espacios tradicionales para establecer relaciones de pareja (y cuya funcionalidad es aprobada por toda la comunidad): bares, discotecas, bailes de fiesta mayor, etc., los cuales, a pesar de formar parte de circuitos que ultrapasan el marco local, no dejan de estar confinados en un área relativamente pequeña que resulta poco ventajoso para los hombres “incasables” excluidos del mercado matrimonial, donde se ven

observados por el resto de la comunidad y sometidos a competencia con otros iguales. Este hecho ha facilitado la generalización de las caravanas de mujeres que funcionan con unas pautas específicas aunque diferentes a las esperadas en los encuentros románticos: se contrata a un organizador, se pactan el día del encuentro, las actividades a realizar, quienes serán los y las participantes, etc. Motivos para su descalificación, ya que visibilizan su dimensión mercantilizada de forma manifiesta, y para la sospecha, porque se negocian a partir de mecanismos poco convencionales. Las parejas que se exhiben en estas citas son, además, extrañas, exogámicas en exceso, poco respetuosas con la homogamia habitual y diferente del estándar marcado por el modelo cultural de la familia urbana (Roca et al., 2013 y Bodoque, 2010).

3. Caravanas de mujeres: historias, contextos y protagonistas.

3.1. La organización

Todas las caravanas funcionan con un mecanismo similar: un grupo de solteros de un pueblo cualquiera, liderados en algunos casos por el alcalde de la propia localidad y siempre con el apoyo del consistorio municipal, inspirados en alguna iniciativa vecina deciden intentar poner fin a su soltería contactando con alguna asociación, organización o individuo que se dedique a realizar este tipo de eventos. Cuando la iniciativa no proviene de los solteros, es un restaurante, un hotel, una discoteca, pero también alguna asociación local quienes se convierten en promotores, porque una caravana puede resultar un buen negocio para el restaurante, el hotel o la discoteca y una manera de situar al pueblo en el mapa.

Sean quienes sean los promotores locales, la realización de la caravana se inicia con una negociación de los precios entre éstos y los organizadores que incluyen: comidas, cenas y cócteles de bienvenida, actividades, regalos a las invitadas, autocares, música, así como también el número (y el tipo) de mujeres que los organizadores tendrán que llevar, la duración del evento o las comisiones para quienes organizan. Durante muchos años el monopolio sobre la organización de caravanas en España lo tuvo Valentín⁴, pero en el momento en el que otros deciden dedicarse a lo mismo los promotores locales disponen de un margen de maniobra para poder negociar las condiciones económicas de la caravana, regatear precios y, si llega el caso, anular la caravana contratando los servicios de otro organizador.

⁴ Los nombres de los y las informantes son ficticios.

Finalmente, pero no menos importante, para poder llevar a cabo la negociación de la caravana es imprescindible contar con un número mínimo de mujeres y hombres inscritos y será en función de este dato (que es económicamente fundamental) que las caravanas se llevarán a término o no. No siempre los solteros de los pueblos donde se va a organizar la caravana están dispuestos a participar en una fiesta que su municipio organiza ‘para ellos’, aunque en la mayoría los que participan son, en un alto porcentaje, vecinos de pueblos próximos que yendo a otras caravanas se ven parcialmente distanciados del control social de sus propios municipios. Pocos son los que se atreven a demandar en su pueblo la organización de una fiesta de estas características precisamente para no ser el centro de bromas por parte de sus vecinos. Pero las demandan. Entre ellos, tal y como nos dicen los organizadores, funciona muy bien el boca a boca y la rivalidad entre pueblos y eso se ve reflejado en que muchas caravanas se han celebrado no solamente varias veces en un mismo municipio, también en los más inmediatos para no ser menos que el vecino. En cambio conseguir mujeres es mucho más complicado. Valentín en cada caravana hace rellenar a las mujeres una ficha de datos personales que transfiere a la base de datos de su asociación, de manera que como socias son informadas de todas las fiestas que organiza. A Valentín le ayudan a conseguir mujeres su propia esposa que dispone de una importante red de paisanaje, y un antiguo mánager teatral con una valiosa y vieja cartera de contactos. Roberto, en cambio, empezó publicitándose en varios *sites* de internet y de esta manera consiguió que un grupo de mujeres se interesase por participar en su primera fiesta. A partir de aquí, el boca a boca y una página web le permiten conseguir mujeres unas veces con más éxito que otras. Juana tuvo su primer éxito de convocatoria de mujeres tras su aparición en un programa matinal de TVE y a partir de entonces, conocida como *Juana Caravanas*, las organiza ayudada en buena parte por el carisma que desprende de cara a las mujeres con las que intenta sentirse identificada. Su página web no es únicamente sobre las caravanas puesto que se dedica a organizar diferentes tipos de eventos con una misma finalidad: formar parejas.

Publicitar la caravana puede comportar importantes éxitos, pero también sonoros fracasos por las reacciones que despierta entre los participantes. Por una parte es importante anunciarlas para tener un cierto poder de convocatoria. A los promotores locales les interesa ya que, a parte de las y los inscritos, otras personas se pueden acercar a mirar (curiosear) que pueden reportar ingresos extra a los bares y restaurantes o, simplemente, ganar visitantes. No obstante la presencia de medios de comunicación en las caravanas generalmente despierta recelos entre los hombres y las mujeres participantes que no desean salir en la televisión o verse

fotografiados. A Valentín no obstante le interesa la promoción de su empresa y sistemáticamente convoca a todos los medios de comunicación locales, regionales y nacionales que van asistiendo siempre en función de la escasez o la abundancia de otras noticias (“me gusta hacer las caravanas porque me divierto, salgo en la televisión y me hacen muchas entrevistas”, dice Valentín). Con ellos y con los promotores locales negocia cada vez la posibilidad de que aquellas a las que les molesta ser grabadas puedan bajar por la puerta de atrás sin verse violentadas. Juana también ha convocado a medios de comunicación a sus caravanas pero viendo los recelos que despertaba entre algunas mujeres, sobre todo las españolas, decidió que no fueran y dependiendo de las caravanas contrata a alguien que le graba los encuentros en un DVD para venderlo a quien desee tener un recuerdo de aquel día. Mientras que Roberto argumenta que los medios de comunicación están bien para promocionar el evento pero veta sistemáticamente la asistencia de éstos a la caravana para no violentar a los participantes y con el miedo de quedarse sin clientela para las próximas convocatorias. La publicidad en la televisión o en la prensa locales levanta en el pueblo y alrededores un gran interés los días anteriores a su celebración: reacciones en contra de quienes las consideran una especie de feria incompatible con cualquier forma de cortejo o de entender la dignidad femenina; curiosidad por parte de quienes no van a participar directamente; y expectativas por parte de los solteros ante la posibilidad de conocer a alguien y por parte de los promotores respecto del éxito de la fiesta.

Las caravanas, salvo variaciones muy puntuales, tienen una misma ritualidad. La llegada y recibimiento de las mujeres con regalos de bienvenida, una primera comida o un cóctel de bienvenida, un paseo por el pueblo o una visita turística, baile, cena y más baile hasta la madrugada.

Estos primeros contactos entre hombres y mujeres ya se consideran constitutivos de acercamiento intencionado, a pesar de haber sido provocados por la presión del momento y del contexto. Y son contactos que no pueden venirse abajo, por lo que organizadores y promotores se ven obligados a programar actividades hasta que llegue el momento del baile: se sueltan vaquillas, se nombra rey y reina de la fiesta (con banda cruzada incluida), se elige a la pareja que mejor representa el espíritu de la caravana, se hacen concursos de baile, de chistes, etc. He asistido a pocas que hagan públicos estos momentos en los que el cortejo se hará más que evidente ya que, sobre todo para los hombres, se trata de oportunidades trascendentales para iniciar o continuar conversaciones, conocerse mutuamente y luego acabar la fiesta bailando. Cuando no ha sido así, los hombres sintiéndose demasiado observados han

optado por mirar y quedarse imperturbables en la barra del bar tomando su copa. Una modalidad intermedia es la semicerrada, esto es cerrada durante las primeras horas y abierta a partir de una hora determinada para generar más beneficios.

Durante las caravanas se inician fugaces contactos y se intercambian teléfonos pero se hacen pocas parejas de manera que los organizadores les pueden seguir fácilmente la pista. Valentín al principio las seguía de cerca pero en la actualidad casi les ha perdido el rastro después de tantas caravanas que ha hecho, aunque ha habido quienes le han hecho padrino de boda o de bautizo. Presume que de sus caravanas han salido unas 80 parejas “pero no sé si siguen juntas... a lo mejor están juntas unas 30” dice, por decir. En cambio Roberto lleva un control más exhaustivo quizás por el poco tiempo que lleva dedicándose a organizarlas y deja entrever que sobre todo a las mujeres no les gusta que conecten su relación pareja con las caravanas de mujeres, es decir, que tratan de esconder su particular origen y en segundo lugar que la mayor parte dejan la relación cuando han de negociar quedarse a vivir o no en el pueblo. Entonces ¿Dónde se sitúa entonces el éxito de las caravanas? ¿En los beneficios económicos?, ¿En el poder de convocatoria? ¿En la formación de parejas? Respecto a las parejas hemos visto que no (“...salen pocas, ¿qué quieres? ¡En... en un día! No van a... bueno, si a lo mejor fueran como las de Plan que estaban ahí tres días, pues a lo mejor seguramente salían más. Igual, pero vaya, no lo sé” dice Roberto); respecto a los beneficios económicos los tres organizadores destacaron que con las caravanas han llegado, incluso a perder dinero y que a pesar de eso han continuado haciéndolas (quizás porque en las que han tenido poder de convocatoria sí que han obtenido beneficios). Juana que según comenta siempre piensa en las mujeres y vive muy intensamente cada momento, nos contesta que ella tiene claro que el éxito en una caravana se mide por la cantidad de halagos que se reciben y las ganas de repetir de participantes y promotores. El de las caravanas en general reside en que es una propuesta diferente tanto para las mujeres como para los hombres. Para Valentín el éxito es que haya mucho público y que la gente vaya a recibir a la caravana. Para Roberto no es tanto que haya público sino que éste esté bien equilibrado, que no sea excesivamente caro, que no haya una idea equivocada de lo que son las caravanas.

3.2. Los hombres

Los discursos de los hombres recogidos durante el trabajo de campo se centraron fundamentalmente en su situación personal, las expectativas sobre la caravana y, cómo les influye su entorno personal y social.

Respecto a su situación personal, efectivamente en las narrativas apreciamos que sus circunstancias personales empiezan a ser dramáticas: una situación de dependencia respecto a unos padres que ya son mayores, cuando no se han quedado ya solos, con una cierta edad e incapaces de iniciar una relación de pareja. Este es el caso de Pedro, soltero y promotor local en Landete (Cuenca) al que conocí en la caravana pero que no pude entrevistar hasta unos meses más tarde. Pedro es de baja estatura, rollizo, en la recta final de la cuarentena, con manos, piel y postura de trabajador del campo, mejillas coloreadas por el sol pero también por exceso de cerveza o vino, muy tímido y poco hablador. Cuando le entrevisto hacía unos quince días que su madre se acababa de morir. Ahora vive solo. Una situación y características físicas y personales también compartidas por Nino (Priego), por Antonio (Peñalsordo) y Salvador (San Vicente de Piedrahita). En la casa de Pedro, donde tuve la oportunidad de entrar, se notaba que hasta no hace mucho había vivido allí una mujer: tapetes de ganchillo y una decoración sencilla pero muy cuidada. No obstante se empezaban a notar los efectos de su ausencia fundamentalmente en el desorden y el polvo acumulado encima de los muebles. La vecina que me acompañó le hizo notar con una ligera reprimenda, que no podía seguir acumulando polvo y que la casa se tenía que airear y limpiar. Los mismos comentarios que hacen las mujeres que asistían como público en las caravanas en las que participé: que los hombres solteros de una determinada edad se van quedando solos sin haber aprendido a desenvolverse en las tareas domésticas más cotidianas “porque muchos de ellos están solos en casa y se tienen que lavar y se tienen que cocinar, se tienen de todo y tienen que trabajar... precisan una mujer”, “...los solteros de este pueblo son una maravilla. La pena es que parecen pendientes de que venga a buscarles una princesita o sea que si están así es porque no han querido nunca responsabilidades” (Montalbo). No obstante algunos de ellos se han ido espabilando en previsión de una situación de soltería permanente: “Hoy yo sé hacer más cosas en casa que ninguna mujer, sé guisar, sé planchar, sé cocinar, se hacer mi casa, sé de todo” (Nino, Priego). En Peñalsordo conocí a un joven agricultor, Mariano, que hacía poco tiempo se había comprado una casa cerca, inevitablemente, de sus padres con la intención de independizarse aunque me explicaba con cierta resignación que los mecanismos de funcionamiento de la sociedad local no le permiten hacerlo “aquí en el pueblo no está bien visto que un hombre viva solo y menos a doscientos metros de sus padres” (Peñalsordo). La sobreprotección de estos, sobre todo de las madres, aunque por una parte les resulta fundamental para solucionar las tareas domésticas cotidianas, puede convertirse en un arma de doble filo para encontrar pareja.

Casi todos ellos son descritos, y se describen a sí mismos, como hombres muy tímidos (“muchos mozos no son capaces de decirle a ninguna mujer nada”, Andrés, Montalbo). Los vecinos comentan que los solteros de su pueblo “se han juntado con los amigos y se han liado de juerga y ellos no se han preocupado por las mujeres” (Landete) o “los que no se han apuntado lo han hecho por apuro o por el dinero, probablemente no participan por el qué dirán” (Priego). Una circunstancia, la de la timidez, que se ha ido agravando con el tiempo ya que todos ellos tienen una edad, que generalmente sobrepasa con creces los 45 años, que les va retirando poco a poco del mercado matrimonial: por falta de habilidades, por falta de oportunidades coyunturales, porque ya no son atractivos a las mujeres, porque ya han pasado el momento en que las convenciones sociales consideran que es adecuado flirtear con ellas y porque el mercado matrimonial va mermando: “hasta los 20 es el periodo de la juventud, luego hasta los 30 es otra cosa y a los 40 te das cuenta de que estás más solo, que te falta algo, sí.” (Nino, Priego).

La demografía también condiciona la soltería. Por una parte viven en pueblos pequeños donde hay poca gente: “la mayoría de los días me meto en la cama a las 9 de la noche. En mi pueblo no hay nada que hacer. No hay nadie, y mujeres menos” (Paco, Peñalsordo) “La vida en el pueblo es muy dura en invierno, los hombres apenas se relacionan y siempre hablas con las mismas personas” (Nino, Priego); donde todos sus habitantes se conocen o son de la misma familia: “Es difícil encontrar una mujer aquí porque la que no es tu hermana es tu prima” (Salvador, San Vicente de Piedrahita); y, generalmente, bastante alejado de grandes centros urbanos, lo cual frena su movilidad.

Casi todos ellos acusan la ausencia de mujeres disponibles por lo que abrigan un cierto sentimiento de acritud hacia aquellas que o bien habían decidido marcharse del pueblo para volver solamente en vacaciones o bien se han casado con hombres de otros pueblos: “Aquí vienen los forasteros y parece que tienen más categoría que los de aquí y nosotros nos desengañamos y nos desanimamos”, “Cuando tú vas a una discoteca y te acercas a una chica y ella te pregunta ‘¿a qué te dedicas?’ y tú le dices ‘soy pastor’ pues ella ya se da la vuelta. Aquí lo que se lleva es que seas médico o administrativo” (Antonio, Peñalsordo). Andrés (Montalbo) también tiene la misma opinión al respecto: “les gusta más lo de fuera que lo de dentro”, “yo no lo sé, ellas sabrán por qué se van”, “es que para ellas es mejor ser otra cosa que pastor o agricultor”, “aquí quedamos muchos ‘solteros de antes’ para los que relacionarse con una mujer ahora lo ven como un delito” fueron expresiones habituales de la conversación mantenida con él. Paralelamente existe un discurso compartido tanto entre los hombres como

en el propio entorno social de los pueblos que defiende que si las mujeres no se quedan en los pueblos es también porque no hay trabajo para ellas, solamente para ellos, sin llegar a mencionar la pervivencia de la arraigada desigualdad de géneros.

Sobre las caravanas los hombres tienen la expectativa sobre todo de pasarlo bien y no creen, en general, que este acontecimiento vaya a cambiar su vida. No obstante este tipo de encuentros no dejan de verse como una forma diferente, alternativa (las formas tradicionales no les han funcionado o han dejado de existir), de conocer mujeres con las que intentar, en primer lugar, mitigar la soledad lo que les queda de vida y la compañía de una mujer es la forma reconocida de convivencia esencial, para estos hombres. Debido a la excepcionalidad del acto, algunos expresan sus deseos con respecto al tipo de mujeres que esperan conocer sin apelar al azar sino, directamente, buscando un determinado perfil: de mediana edad, que no busque un interés económico, que sepa y quiera encargarse del trabajo doméstico, de carácter sencillo y... guapa.

Otros, como Antonio (Peñalsordo), otorgan al acto la posibilidad de que cumpla con el requisito de cualquier encuentro romántico: que se produzca un flechazo ("Al principio vine para divertirme, como si fuera una broma, pero no descarto encontrar el amor de mi vida"). Y para conseguirlo se preparan para estar a la altura de las circunstancias: traje y corbata para los más tradicionales, otros un *look* más deportivo, más informal. Los que no llevan el sombrero que se ponen para trabajar les delata su condición campesina inscrita y marcada en el cuerpo: la frente blanca y el resto de la cara bronceada por la exposición continuada al sol. Y, mientras se dirigen a la cita el resto de los habitantes del pueblo les miran, les animan y alientan para que ese día cumplan con lo que se espera de ellos: "que se echen novia y se casen de una vez" (San Vicente de Piedrahita).

Una vez las mujeres van llegando, todas las personas congregadas en el punto de encuentro las animan a mirar o a bailar con uno o con otro. Ellos, animados por la gente, también se atreven a acercarse y les hacen un obsequio mientras las ven pasar, casi sin saber cómo comportarse. Sus movimientos son guiados por los organizadores y los promotores locales que les dicen desde dónde se tienen que sentar a la hora de comer hasta que no está bien que se queden en la barra del bar todos los solteros mirando y que se animen a hablar y a invitar a bailar a las mujeres.

Pero, las mujeres que llegan no siempre son como ellos esperaban, por lo que "con la caravana el panorama no es muy esperanzador" (Priego): demasiado mayores, poco

preparadas para vivir en el campo, demasiado *diferentes* y demasiado lanzadas, han sido respuestas comunes. Ellas (extranjeras y españolas) amparadas por el anonimato y la fuerza del grupo de iguales se lanzan a bailar solas, en grupo, con unos y otros, cosa que produce en los hombres gran desconcierto puesto que ellos esperan mujeres, más disciplinadas, más dependientes, que respondan al modelo tradicional de mujer. Respecto a su aspecto, los estereotipos sobre las mujeres, extranjeras y mulatas, no cesan y su interés por ellas va desde la curiosidad hasta el rechazo de manera que los organizadores de caravanas se ven obligados a buscar mujeres españolas y blancas en una cantidad proporcional.

Para el entorno las caravanas pueden resultar recurso relativamente aceptable para mitigar la soledad de los solteros, aunque los enfrenta con la posibilidad de que sus hijos o amigos se emparejen con una mujer extranjera. Solamente la observación de los momentos que anteriores e inmediatamente posteriores a la llegada de la caravana es, por sí misma, un barómetro con el que analizar la importancia que tiene el entorno en este tipo de acontecimientos. Las caravanas son esperadas con pancartas, charangas y por numerosas personas: solteros, solteras y otros vecinos y vecinas del pueblo y de la zona, armados con cámaras de fotografía y de vídeo. Hay quienes se muestran en contra de lo que califican como un "espectáculo lamentable" ya que ven a las mujeres "tratadas como si fueran ganado" (Montalbo). Los promotores locales, en cambio, confían en que estas fiestas generen interés por la zona y no solamente para emparejar a los hombres solteros, también para que, de alguna manera los pueblos "salgan en el mapa" tal y como nos lo decía una de las organizadoras de la caravana de San Vicente de Piedrahita.

3.3. Las mujeres

En la otra parte de esta día tan curiosa están las mujeres que forman parte de estos encuentros. Se trata fundamentalmente de mujeres migrantes, aunque también se hacen caravanas que agrupan solamente mujeres españolas pero son muy localizadas y poco numerosas en parte por la sospecha, que recae sobre esta modalidad de encuentro amoroso, de ser búsquedas activas de pareja deliberadamente interesadas. La mayor parte de las mujeres con las que conversamos primero respondieron con argumentos económicos y de precariedad laboral y material a la pregunta sobre sus motivaciones para migrar y describieron en términos similares una narrativa de migración: que llegaron mayoritariamente solas, casi todas en destino ya separadas de un compañero descrito como ausente, despreocupado y mujeriego (en algunos casos, además, alcohólico y violento) dejando a hijos y/o hijas al cuidado de una

madre o una hermana; que lo hicieron persiguiendo oportunidades para ellas y para sus hijos e hijas por lo que su razón fundamental para estar aquí era trabajar y enviarles dinero; que la mayor parte han conseguido uno de los mayores retos de su proyecto inicial que era reagrupar a sus hijos e hijas (y en algún caso también a algún nieto o nieta); que los trabajos desempeñados han sido como cuidadoras (internas, servicio doméstico por horas, atención a la dependencia) o como camareras o cocineras en bares y restaurantes de la ciudad; que ahora con toda la familia reagrupada han de continuar trabajando en condiciones precarias tanto de horario como de salario; que saben de los estereotipos que se difunden sobre ellas en su calidad de mujeres y migrantes con determinados rasgos esencializadores; y, finalmente, que en la compleja trama urbana de, en este caso, Madrid tienen pocas posibilidades para promocionarse tanto personal como profesionalmente y donde su presencia, mayoritariamente, levantará sospechas más allá de lo que se espera de ellas como mano de obra barata y dedicada única y exclusivamente a este cuidado de los otros o, si es el caso, casarse con miembros de sus propias comunidades.

Sobre las motivaciones de estas mujeres para hacer caravanas, nos han contado que en el momento en que conocen su existencia, las caravanas les generan curiosidad por lo que son y por lo que se pueden encontrar. Mara en San Vicente de Piedrahita, Gabriela en Peñalsordo, Gabriela y Elsa y Sol en Montalbo lo resumen diciendo que es hacer algo diferente a lo habitual y tener la posibilidad de conocer gente, sobre todo hombres interesantes con los que poder iniciar una relación amorosa.

Sus biografías abiertas, las predisponen a buscar cambios o experimentar otros contextos de relación distintos a los habituales. De hecho la mayor parte vive las caravanas desde un doble punto de vista: como una breve huida del trajín laboral y familiar y como una forma diferente de encontrar pareja en un contexto ajeno a su cotidianeidad o de sentirse queridas o esperadas. Es el caso de Davinia y Carolina, con las que compartí el viaje a Peñalsordo. La primera vive con sus hijos y con su exmarido (al que se vio en la necesidad de reagrupar), trabaja ella sola para toda la familia doce horas diarias y se siente un poco desbordada por la situación familiar. No duda en vaticinar que si encuentra a su “príncipe azul” le cambiará mucho su situación personal. Las caravanas le parecen más seguras que las discotecas donde considera que es muy difícil encontrar pareja (“hay mucha competencia, nadie te ve, ¿me entiendes?”). Carolina, reagrupó hace poco tiempo a sus hijos (tres hijos y una hija de un matrimonio ya acabado) que vivían con su madre. Su hija llegó embarazada lo cual trastocó sus planes: de tener a todos sus hijos disponibles para ayudar en la economía familiar, a tener una boca más

que alimentar, una hija que ha de ocuparse de su bebé y dos de sus hijos en casa porque no encuentran dónde trabajar. Dice que no busca marido, solamente sentir que es importante y cambiar rutinas. Las caravanas les ofrecen la posibilidad, tal y como apunta Juana, la organizadora, de sentirse bien porque son fiestas en las que las mujeres ya no son anónimas. Y la experimentación resulta ser tan positiva para desconectar del entorno habitual, rutinario y hostil, en el que se mueven que se acaba convirtiendo en una forma cotidiana de conocer gente y pasarlo bien, hacer turismo o también para preparar un posible contexto donde vivir.

Están las que, con el amor como telón de fondo, buscan conocer hombres de unas determinadas características (cariñoso, bueno, formal, agradable, atento...) y también las que dejan que sea el azar, el destino y la predeterminación quien decida por ellas o las que conocen mujeres que han tenido experiencias muy positivas en las caravanas y deciden imitarlas... Algunos autores que han trabajado en la temática de las migraciones por amor llaman a este tipo de búsqueda activa de pareja *experiencias de replanteamiento* (Roca et al., 2013) que justificaría que las mujeres con malas experiencias anteriores, busquen maneras de conseguir su propósito de encontrar una pareja con la que replantear su vida. También encontramos quienes abiertamente reconocen su deseo de conseguir una vida mejor, incorporando la vertiente de su interés: una pareja que les proporcione una estabilidad fundamentalmente económica.

En las caravanas las mujeres no participan de los preparativos ya que sólo se espera de ellas que lleguen guapas y dispuestas a bailar y a dejarse festejar. Generalmente las distancias que recorren, desde el punto de partida y de llegada las obliga a madrugar y pasarse un tiempo, que puede oscilar entre una y cinco horas, vestidas y maquilladas, viajando en un autobús. Las intenciones pueden estar marcadas en el cuerpo: ropa ceñida que moldea la figura y, por ende la exterioriza, acompañada en algunas ocasiones por botas y sombrero vaquero para las que van a ligar; aunque también nos encontramos con mujeres que lucen ropa más discreta que son quienes dicen que sólo vienen a pasárselo bien. Como muchas de ellas no se conocen entre sí, las horas que pasan en el autobús las utilizan para intercambiar opiniones sobre lo que esperan de ese día y para, si cabe, crear una comunidad efímera en las que todas se sienten como pertenecientes a un grupo de iguales: intercambian opiniones, comparten experiencias de otras caravanas, explican chistes, se dan consejos sobre cómo bailar, vestirse, peinarse o maquillarse, intercambian información laboral, se explican sus itinerarios migratorios, la situación de sus familias, así como sus conquistas o sus fracasos amorosos. En el trayecto hablan, cantan, lanzan consignas, duermen y se ríen mucho... Confían que haya

mucha gente esperándolas porque es un indicativo positivo, de posible éxito tanto de la caravana como respecto a la formación de posibles parejas y es que, como hemos podido ver, a muchas de ellas les gusta llegar y ser bien recibidas, miradas con deseo, casi resulta un ejercicio para sentirse *reinas por un día* en el que poco tienen que perder.

Tras un primer cruce de miradas, una primera selección se pone entonces en funcionamiento. Así como los hombres se sorprenden del aspecto (edad y color de piel fundamentalmente) de las mujeres, la primera vez que éstas hacen caravanas les choca la presencia de los hombres, también por la edad pero sobre todo por algunos de los rasgos de su comportamiento que ellos mismos admiten: fundamentalmente tímidos. Y entonces en el acto principal, el baile, empieza el proceso de cortejo. Es la actividad principal de todas las caravanas, donde se depositan todos los esfuerzos para que la caravana se lleve a cabo con éxito, además de ser la ocasión de encuentro aprobada socialmente por la comunidad (Bourdieu, 2004:111), condicionada por una variedad muy interesante de significados: el que le otorgan ellos y ellas, organizadores y promotores locales, quienes viven permanentemente y los emigrantes que solo vuelven durante sus vacaciones, el de antes y el de ahora.

4. Reflexiones finales

Hemos intentado reflejar la importancia del ámbito rural como lugar privilegiado de observación donde podemos analizar fenómenos específicos como el que nos ocupa y conectarlo con otros de carácter más global como el de las migraciones internacionales y la diversificación de campos matrimoniales. Las caravanas de mujeres no son una anécdota, ni un hecho aislado del contexto en el que ocurren ya que nos muestran los elementos nucleares del sistema global que genera exclusiones. En primer lugar la despoblación, la emigración femenina, la soltería masculina (y la masculinidad) y el sobreenvjecimiento son indicativos no tanto de una crisis de la producción (son territorios inmersos en un proceso de inclusión de la agricultura en la economía de mercado y con modelos de desarrollo plurales en donde la agricultura no es necesariamente el input más importante) pero sí de una grave crisis de reproducción social, por la ausencia de una buena parte de su población y por la dificultad para acompañar las transformaciones socioeconómicas con modelos culturales más próximos al estándar urbano. Tal distancia social, cultural y territorial se vuelve con la globalización, jerárquica, marginalizadora y excluyente (Comas d'Argemir, 1998). Con las caravanas se visibiliza la mercantilización del trabajo reproductivo, lo cual a su vez produce estratificación

social y refuerza, refleja e intensifica las desigualdades en las que se basa el sistema que las promueve.

5. Bibliografía

- Alfonso, A., Díaz-Puente, J.M. y Gallego, F. (2011) “¿Por qué se decide no emigrar? Un estudio de partida para el diseño de programas de desarrollo rural en la provincia de Cuenca”, *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo rural*, 10:157-181.
- Atance, I. et al. (2010) “La población rural en España: un enfoque a escala municipal”, *Economía agraria y recursos naturales*, 10 (1):35-57.
- Baylina, M. (2004) “Metodología para el estudio de las mujeres y la sociedad rural”, *Estudios Geográficos*, LXV: 5-28.
- Bodoque, Y. (2009) “Hombres sin mujeres. La búsqueda de la reproducción de la sociedad a través de la mirada de la ficción social”, *Gazeta de Antropología*, 25.
- Bodoque, Y. (2010) “Caravanas de mujeres: etnografía de una modalidad de encuentro amoroso”, *Ankulegi*, 14: 93-103.
- Bourdieu, P. (2004) *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.
- Camarero, L. (coord.) et al. (2009) *La población rural de España. De los desequilibrios a la sostenibilidad social*. Barcelona: Obra Social “La Caixa”. Colección Estudios Sociales, 27.
- Camarero, L. y Sampedro, R. (2008) “¿Por qué se van las mujeres? El *continuum* de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 124:73-105.
- Comas d’Argemir, D. (1998) *Antropología económica*. Barcelona: Ariel.
- Connel, R.W. (1997) “La organización social de la masculinidad”. En: Valdés, T. y de Olavarría, J. (Eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. ISIS Internacional y FLACSO. Santiago: Ed. de las Mujeres.
- Del Rey, A., Cebrián, M. y Ortega, J.A. (2009) “Despoblamiento y envejecimiento en Castilla y León durante el siglo XX: análisis a través de la emigración femenina y la pérdida de nacimientos”, *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo rural*, 8:113-149.
- Díaz, C. (2005) “Aproximaciones al arraigo y desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural”, *Papers*, 75:63-84.
- Etxezarreta, M. y Viladomiu, L. 1997. “El avance hacia la internacionalización. Crónica de una década de la agricultura española”. En: González, J.J y Gómez B. *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*. Madrid: CIS
- García, B. (2004) “La mujer rural en los procesos de desarrollo de los pueblos”, *Revista del Ministerio de trabajo y asuntos sociales*, 55:107-120.
- García, B. (2006) “Inmigración extranjera y ruralidad”, *Circunstancia*, 10.

- Gregorio, C. (1998) *Migraciones femeninas. Su impacto en las relaciones de género*. Madrid: Narcea.
- Héritier, F. (1996) *Masculin et féminin. La pensée de la différence*. París: Odile Jacob.
- Morokvasic, M. (2007) “Migración, género y empoderamiento”, *Puntos de Vista*, 9 (Monográfico sobre Género y Transnacionalismo). Cuadernos del observatorio de las migraciones y de la Convivencia Intercultural de la Ciudad de Madrid.
- Offenhenden, M. (2012), "¿Quién cuida de las cuidadoras? La experiencia de la enfermedad durante la migración" Trabajo Final del Máster en Migraciones y Mediación Social. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili.
- Pedone, Cl. (2003) *Estrategias migratorias y poder. 'Tú siempre jalás a los tuyos'*. Quito: AbyaYala PMCD.
- Peñaranda, C. (2008) “¿Tecnologías que acercan distancias? Sobre los ‘claroscuros’ del estudio de la(s) tecnología(s) en los procesos migratorios transnacionales”. En: Santamaría, E. (ed.) *Retos epistemológicos de las migraciones transnacionales*. Madrid: Anthropos.
- Pujadas, J.J. y Comas d’Argemir, D. (1994) *Estudios de Antropología Social en el Pirineo Aragonés*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- Roca, J. (Dir.), Bodoque, Y., Djurdjevich, M., Martínez, L. y Soronellas, M. (2013) *Migraciones por amor. La búsqueda de pareja en el escenario transnacional*. València: Germania-AVA.
- Rodríguez, J. (1999) *El desorden de las cosas. Propiedad, herencia, familia y emigración en un pueblo de la sierra norte de Madrid*. Madrid: CSIC.
- Sáez, L.A., Pinilla, V. y Ayuda, M.I. (2001) “Políticas ante la despoblación en el medio rural: un enfoque desde la demanda”, *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo rural*, 1:211-232.
- Sampedro, R (2004) “Conciliación de la vida familiar y laboral en el medio rural: género, trabajo invisible e “idilio rural”. En: *VI Congreso Vasco de Sociología*, Bilbao [en línea] www.unavarra.puresoc/pdfs/c_ponencias/Sampedro.pdf
- Sampedro, R. (2008) “Cómo ser moderna y de pueblo a la vez: los discursos del arraigo y desarraigo de las jóvenes rurales”, *Revista de Estudios de Juventud*, 83: 179-193
- Santiso, R. (2002) “Hombres y mujeres en el medio rural: el caso del Somontano de Barbastro”, *Acciones e Investigaciones Sociales*, 15:159-194.
- Soronellas, M. (2006) *Pagesos en un món de canvis. Família i associacions agràries*. Tarragona: Publicacions URV.
- Soronellas, M. et al. (2011) *La migración de mujeres extranjeras al medio rural catalán en el contexto de la transformación económica y social de las comunidades locales*. Informe de investigación para la AGAUR (Referencia ARAF1 00047).
- Soronellas, M. (2012) "De la agricultura a la ruralidad. Estructura agraria, migraciones y globalización en Cataluña”, *História: Questões & Debates*, 56:13-36.

Soronellas, M., Bodoque, Y. y Torrens, R. (2013) “Las mujeres extranjeras en las nuevas ruralidades”, *Gazeta de Antropologia*, 28 (2). Monográfico: *Antropología y nuevas ruralidades*.

Vale de Almeida, M. (1995) *Senhores de si. Uma interpretação antropológica da masculinidade*. Lisboa: Fim de século.